

La función Utópica en Ernst Bloch

Isidro Manuel Javier Gálvez Mora

Tomás Moro creó el término de utopía y durante varios siglos la humanidad ha ido soñando otros mundos mejores. Ernst Bloch conceptualizó su contenido en una utopía concreta. Lo fundamental de la utopía no es su contenido o su logro total, sino que tiene tres funciones: 1. Hace una crítica a la realidad actual. 2. Al hacer propuestas utópicas indica hacia dónde caminar, da una dirección. 3. Analiza la posibilidad de la utopía y esto genera el contenido de la función utópica: la esperanza. La fuente de la utopía está en los sueños soñados despierto y en lo que Bloch llama el excedente cultural que contienen todas las manifestaciones de la cultura humana.

En general se puede decir que el tema de la utopía ha sido considerado marginal dentro de la historia de la filosofía porque ésta se ha concentrado más en la racionalidad y la coherencia lógica, en los temas llamados “duros” más que en imaginaciones y sueños. Desde la antigüedad los grandes temas del ser y la verdad, el sentido de la existencia y de la orientación de la sociedad han ocupado la mente y preocupaciones de los filósofos, han generado las preguntas principales y cada época les va dando sus respuestas. Sin embargo al tema de la utopía se le ha descalificado como “castillos en el aire” y muy pocos lo han tratado con seriedad.

Dentro de la historia de la filosofía, Ernst Bloch es uno de los pensadores que ha tomado en serio la utopía y le ha proporcionado una fundamentación filosófica. Retoma el término de la obra de Tomás Moro y descubre que efectivamente todo castillo primero estuvo en el aire, y que sin esa propiedad nada nuevo habría sido creado en nuestro mundo. Los sueños anticipan la realidad, los planes son anteriores a los hechos.

El **TÉRMINO** de utopía, etimológicamente se deriva del griego *topós*, que significa lugar. El prefijo “*u*” como tal no existe, puede ser asociado con dos prefijos cercanos, el de *eu* cuyo significado es “lo mejor”, y el de *ou*, que indica negación. Por tanto, utopía podría significar “el mejor lugar” que “no existe”. Aquí es donde Bloch hace intervenir una variante importante y hace pensar en el paso de una situación estática a una dinámica, de algo dado pasa a algo posible, y entonces este “mejor lugar que no existe” se abre ante la perspectiva de que “puede existir”. En este sentido transita de los hechos dados como algo cerrado y concluso al concepto dinámico del ser como una posibilidad abierta y en proceso de ser. Bloch define la utopía como “Órgano

metódico para lo nuevo, fundamentación objetiva de lo que está por venir”¹. Con esta definición indica que la utopía es “algo” que nos conduce a la creación de lo que él llama el *novum*, lo nuevo, aquello que todavía no existe, que no ha existido jamás pero que es posible. También indica que no se trata de cualquier deseo, sino de algo que tiene fundamento en la realidad y que por eso puede ser creado en el futuro.

Bloch descubrió que este concepto de utopía tenía toda una potencialidad que no había sido descubierta ni tratada suficientemente por la filosofía, por eso decidió profundizar en ello desde su primera obra *El espíritu de utopía*, escrita en 1918 y reelaborada en 1923. En ella señala lo que ha de ser su principal tema filosófico, porque en las siguientes lo irá abordando desde distintas perspectivas. En su libro *Tomás Müntzer, teólogo de la revolución*, descubrirá el potencial utópico e insurrecto que tiene la religión. En *Ateísmo en el cristianismo* hace un análisis profundo de la Biblia y de su contenido utópico y liberador, a la par de su uso ideológico tanto desde los orígenes como por parte de la religión institucionalizada. En *Derecho natural y dignidad humana*, desde la perspectiva utópica del Derecho, propone la justicia y la dignidad como los elementos centrales de una sociedad. Su obra magna en tres tomos la constituye *El Principio Esperanza*, donde hace una revisión a grandes líneas de la cultura humana en diversos campos como las artes, la ciencia, la filosofía, la religión y descubre en ellos los elementos utópicos ahí presentes. En *Experimentum Mundi* trata el tema de la fundamentación de la utopía de un modo más sistemático.

Tomás Moro acuñó el término de 1516, pero Bloch descubre que el contenido de la utopía está presente no sólo en las obras literarias y filosóficas llamadas utópicas, y en los intentos reales de crear mundos utópicos, sino que es una propiedad de toda la cultura humana en su conjunto, que supera con mucho la fecha de fundación del término. Así, Ernst Bloch encuentra utopías en los cuentos de hadas, en los discursos proféticos de la Biblia, en las palabras de Jesús de Nazaret, en la filosofía de Platón, en las pirámides egipcias y las catedrales góticas, en la medicina, en la literatura. De este modo muestra que el pensamiento utópico es mucho más amplio de lo que comúnmente se piensa.

En sus primeras obras Bloch habla de una utopía por venir, del cumplimiento pleno que cuando escribe su obra central, en el exilio en los Estados Unidos, veía concretizar en la forma como se vivía el socialismo en Alemania Oriental, y por eso

¹ *El Principio Esperanza*, Tomo I, p. 146.

decide regresar allí, en 1949, invitado por el gobierno de este país y la Universidad de Leipzig. Fue recibido con honores y obtuvo varias distinciones, pero pasada la luna de miel, siete años después, fue acusado como revisionista, sus discípulos fueron apresados, fue removido de la dirección del instituto de filosofía y de la revista que dirigía y finalmente separado de su cátedra. En sus últimas obras envía este cumplimiento de la utopía a un futuro donde se haga verdad la realización del hombre en su plenitud, a un futuro apocalíptico, donde, en palabras de Marx, se lleve a cabo la “naturalización del hombre y la humanización de la naturaleza”.

Tratar así la utopía ya sería suficiente para profundizar en ella. Sin embargo Ernst Bloch da un paso más y descubre que la utopía tiene una función, que a mí me parece es lo central de su pensamiento, su aporte más original, pero al parecer, no fue suficientemente valorado por Bloch mismo, sino que él intensificó su pensamiento en torno a la utopía concreta. En *El Principio esperanza* escribió:

“La función utópica entiende lo demoleedor porque ella misma lo es de una manera muy concentrada: su *ratio* es la *ratio* indebilizada de un optimismo militante. Item: el *contenido del acto* de la esperanza es, en tanto que clarificado conscientemente, que explicitado escientemente, la *función utópica positiva*: el *contenido histórico* de la esperanza, representado primeramente en imágenes, indagado enciclopédicamente en juicios reales, es la *cultura humana referida a su horizonte utópico concreto*”.²

Hay varios elementos de contenido en esta apretada síntesis. En primer lugar Bloch encuentra que la función utópica es demoleedora de una forma muy concentrada. La utopía nace de la insatisfacción de las condiciones actuales de vida y constituye una protesta abierta contra ese status quo. Es lo que hace Tomás Moro cuando en la primera parte de su librito critica la forma de vida de los clérigos y aristócratas, por un lado, y los castigos tan crueles y excesivos para las pequeñas faltas cometidas por la gente del pueblo. En el caso de Bloch se une al clamor de Marx que se propone “derrocar todas las relaciones en las que el hombre es un ser humillado, esclavizado, abandonado, despreciable”.³

En segundo lugar la razón de la función utópica es un optimismo militante. No se trata solamente de buenos deseos, sino de un trabajo concreto y decidido por

² Tomo 1, p, 135-136.

³ Introducción a la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* en Bloch, *El Principio esperanza*, tomo 3, p. 482.

alcanzar el contenido de la utopía, que ve como algo posible y por eso genera en su interior un optimismo que moviliza a la persona y a la sociedad a trabajar por conseguirlo.

En tercero, el contenido de la función utópica es la esperanza, en otro lugar afirmará que se trata de una esperanza docta, consciente, fundamentada en el conocimiento de las condiciones reales de posibilidad. Cuando se ve que el mundo es así pero puede ser de otra manera, genera en la persona esta esperanza de algo mejor. Esto lleva a Bloch a analizar el concepto de posibilidad planteado por Aristóteles pero no de modo pasivo, como materia en potencia de recibir una forma, sino de modo activo, como el dinamismo de la materia misma, concepto que afirma recuperar de Avicena y la izquierda aristotélica. En el análisis del concepto de posibilidad fundamenta Bloch las condiciones objetivas de la utopía, y en la esperanza y su optimismo las condiciones subjetivas.

En cuarto lugar, Bloch descubre que el contenido histórico de la esperanza se manifiesta en las imágenes y en la cultura humana referida a su horizonte histórico concreto. La cultura misma en su conjunto y de manera especial el arte, tienen esa visión de futuro, de anticipar lo que todavía-no-es, manifiestan las aspiraciones humanas más profundas. Por eso Bloch se refiere a los contenidos utópicos presentes en las manifestaciones culturales de la humanidad y los rescata.

En quinto lugar, la función utópica propone mundos alternativos y mueve a la conciencia a crearlos en base a la consideración de que son algo mejor que el presente. Pero no se agota en su realización, sino que es inconforme con la realidad, aún la ya conseguida y siempre estará jalonando hacia el futuro y hacia algo mejor, no en el más allá, sino en el más acá, en un trascender sin transcendencia.

En este sentido podemos afirmar que la utopía vale más por la función que ocupa que por su contenido mismo. A través de la historia se han ido elaborando utopías, algunas con pretensiones de hacerse reales. Estos intentos han terminado en el fracaso, lo cual ha dado pie a pensar, junto con la definición etimológica, que la utopía significa lo irrealizable. Por esto el término se ha devaluado y se utiliza para descalificar. También en el caso mismo de Bloch, aunque sus sueños de ver realizada la utopía concreta en Alemania Oriental se vieron frustrados, fue capaz de protestar contra el castigo de silencio al que fue condenado y contra la construcción del Muro de Berlín, tampoco cayó en la desesperación o simplemente en acomodarse de manera cínica a las condiciones del capitalismo al ser invitado como profesor por la

Universidad de Tubinga en 1961. Bloch descubre que todavía falta mucho camino por andar y en sus últimas obras recorre esta utopía concreta socialista al *esjaton*, al final de los tiempos, a un futuro donde la realidad total, sobre todo humana, se manifieste plena de realización, esta realidad que se expresa de modo hipostasiado, dice Bloch, en la religión.

Para Bloch la realidad en proceso es dinámica, dialéctica. De modo que recupera el materialismo dialéctico como aquel proceso de la realidad en movimiento que va construyendo nuevas realidades, a través de la intervención humana. La materia dinámica constituye la condición objetiva del cambio. La praxis es el espacio de transformación de la utopía concreta. En este proceso de realidad le es necesario tomar distancia del materialismo mecanicista. No se trata de un proceso lineal, mecánico y necesario, sino dialéctico, que implica la relación entre la teoría y la práctica, la reflexión y la acción. La dinámica de la realidad tiene un proceso que puede ser guiado por la intervención humana y llegar a objetivos parciales intencionados. Se trata del concepto marxista de praxis que Bloch retoma ampliamente.

La función utópica puede ser leída en clave ontológica porque su fundamento es la ontología del todavía-no-ser, donde se habla de realidades en proceso de ser, que van anticipando la realidad plena que se manifestará en su totalidad en el provenir. Porque la realidad es proceso por eso es posible la utopía, que en el camino de ser va cumpliendo esa función de abrir el espacio de futuro.

La utopía, afirma Bloch, comienza con el no, significa la ausencia de algo, que al hacerse consciente da pie al segundo elemento que es el todavía-no, es ese no transformado en algo en proceso de ser, pero ya no coincide con el simple no existir, sino con la realidad en movimiento. Desemboca en el todo o la nada. El todo sería el cumplimiento total de la utopía en su plenitud. La nada constituiría el fracaso total de la utopía. No acepta puntos intermedios entre el todo y la nada precisamente porque quiere evitar la complacencia con lo ya logrado y que impida se llegue al todo absoluto. Pero, como afirma en *Experimentum Mundi*, esto se valorará al final de los tiempos, cuando toda la realidad se manifieste en su plenitud, mientras, no se podrá dar un dictamen conclusivo de la utopía. En esta apreciación la utopía rebasa con mucho las posibilidades históricas del hombre concreto y las remite al logro como especie. Pero, al parecer, Bloch no valora suficientemente los logros parciales y concretos que se van dando en el proceso de construcción de nuevas realidades cuando eso es lo que está a nuestro alcance. Es en estos momentos donde toma fuerza el concepto de función

utópica. Puesto que el futuro es incierto en torno al logro o fracaso de la utopía, la función utópica va indicando el camino y va valorando los avances que se van dando en dirección a la utopía. Por ejemplo, si la utopía consiste en crear un mundo más justo y más humano, podemos descubrir que a lo largo de la historia ha habido infinidad de pequeñas y grandes luchas sociales, desde las que logra una pequeña comunidad o aldea en contra de la explotación y el sometimiento, hasta las que han alcanzado la independencia de una nación. Desde el derecho de participación política de la mujer hasta el respeto a las capacidades diferentes de las personas.

El origen de la utopía lo encuentra Bloch en los sueños soñados despierto porque son proyecciones guiadas por la conciencia, son representaciones imaginarias de un futuro deseado, son liberadores, pueden ser modificados al gusto del que los sueña, representan el futuro, son claros y definidos al gusto del soñador y por tanto comprensibles, son comunicables al exterior, contienen la distensión del yo, tienden al perfeccionamiento del mundo, sobre todo porque abren la perspectiva de lo nuevo en el mundo pues en ellos se proyectan los deseos y aspiraciones, y finalmente, manifiestan lo todavía-no-consciente de lo todavía-no-real. Este descubrimiento de lo todavía-no-consciente data de 1918, poco tiempo después de que Freud hablara del inconsciente y escribiera su libro sobre la interpretación de los sueños en 1900. Es importante señalar que los sueños soñados despierto, el descubrimiento de lo todavía-no-consciente, la concepción del mundo como inacabado y el concepto de latencia son las primera intuiciones de la filosofía de la utopía de Bloch, que de algún modo constituirán su programa de investigación filosófica.

En este proceso del mundo en transformación, Bloch incorpora una serie de categorías como son tendencia, latencia, frente, horizonte, *novum*, *ultimum*, *summum bonum*, que indican diferentes momentos de la realidad en proceso.

La utopía se fundamenta en la tendencia y la latencia del mundo. La tendencia es la posibilidad de la materia misma para desarrollarse siguiendo el curso de los acontecimientos, es de orden mecánico, apunta al cambio ordinario de las cosas. La latencia, por su parte, apunta al final utópico posible, es aquello nuevo que puede lograrse en la materia, es la excepción a la ley, es aquí donde entra la función utópica como apunte hacia una dirección concreta. La latencia ubica a la realidad en la frontera, en el frente del mundo donde se están dando el cambio de las cosas, en lo más avanzado de la realidad. Así el hombre se ubica en el horizonte del tiempo y de la realidad, el horizonte se refiere al futuro, es el espacio de las posibilidades reales de la

historia. Pero al ir avanzando, nuevos horizontes se irán abriendo ante la mirada del ser utópico. Sólo el que no camina puede ser fanático de su horizonte porque está instalado en la inmovilidad. La función más importante del horizonte radica en señalar el rumbo y en eso consiste la función utópica. El horizonte se aleja y cambia en tanto se avanza, pero cumple su función de orientar a la humanidad en su camino hacia lo mejor, *eu-topós*. Al avanzar se llega al *novum*, a lo nuevo posible, que Bloch identifica con el marxismo, pero desde la perspectiva de la función utópica nos hace valorar los cambios que van en esa dirección señalada por Bloch. Así se llega a lo último al *ultimum*, que representa la más elevada novedad, es la máxima consecución de la utopía, es el fin del proceso dialéctico dentro de la historia. Y de este modo se logra el *Summum Bonum*, el máximo bien, el logro máximo de la utopía en toda su plenitud, como el arquetipo superador de todo, está más allá de las posibilidades humanas.

La utopía como un pensar sobre la realidad queda muy cercana al concepto de ideología. El pensamiento marxista ha calificado a la ideología como falsa conciencia, la religión como opio y se había pronunciado en contra del socialismo utópico proponiendo el socialismo científico. En estos puntos Bloch toma distancia y valora el aporte que tiene este tipo de pensamiento. Descubre que toda la cultura anterior nos ha dejado un claroscuro de verdad y engaño, mismo que hay que analizar y entresacar como herencia cultural.

Señala cuatro características de la ideología: es conciencia de la clase dominante, es conciencia falsa, pero contiene un excedente cultural y también implica un pensamiento emergente. Este mismo tipo de análisis hace de los ideales, las alegorías, los arquetipos, los símbolos y de toda la cultura en su conjunto, descubre que no son solamente falsa conciencia, puesto que ahí se encuentran también elementos liberadores y de utopía que no pueden reducirse a ser simple ocultamiento de la realidad. De este modo descubre que la ideología es diferente de la utopía porque si no fuera así, en la utopía no habría nada nuevo, más que disfraz del presente y del pasado.

Desde esta perspectiva aborda el análisis de las religiones, de modo especial la judeo-cristiana. Nació en una familia judía en 1885, con una influencia moderada respecto a su religión. Su desarrollo intelectual se realizó al margen de esta influencia, más bien asistió a la universidad y después frecuentó los círculos intelectuales de Max Weber y de Simmel, en donde encontró a otros eminentes filósofos como György

Luckács de quien fue un gran amigo, a Walter Benjamin, a Kracauer y a Theodor Adorno, entre otros.

Marx, también de origen judío, había sentenciado que la religión es opio del pueblo, pero Bloch se deslinda de esta apreciación y analiza profundamente a la religión en sí misma desde sus escritos, sus fundadores, sus dioses y su desarrollo posterior. Descubre que la religión, como herencia cultural, no puede ser reducida a simple ideología o falsa conciencia, pues ella contiene las aspiraciones liberadoras de un pueblo como el judío respecto a su esclavitud en Egipto, descubre en las palabras de los profetas el anuncio de un nuevo mundo donde el león y el cordero vivirán juntos, en Jesús de Nazaret como el gran anunciador del hombre pleno, en el libro del Apocalipsis como el cumplimiento de la utopía total. De modo que hace una relectura materialista de la religión en *Ateísmo en el cristianismo, en Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*, en amplios pasajes de *El principio esperanza* y *Experimentum Mundi*. Bloch lee la Biblia con los lentes del *Manifiesto*, desde el ateísmo. Pero también fundamenta su crítica y a la vez se deslinda de Feuerbach, afirma la centralidad del hombre pero sostiene a la religión no por su contenido místico sino por su referencia hacia lo utópico. En este sentido ratifica el ateísmo pero lo reinterpreta a favor del hombre como alguien que está en proceso de ser. Así, la figura de Dios en las religiones representa la proyección del hombre pleno que el hombre ha hecho de sí mismo, Dios representa no el ser supremo, sino la suprema realización del ser, en especial del hombre. Lo que la religión predica no es el Dios escondido, sino el hombre escondido en esa proyección. El contenido de la religión es el sueño de una vida mejor, de lo que el hombre puede llegar a ser, no en el más allá, sino en el más acá.

Este filo crítico, propositivo y esperanzador, se manifiesta de manera especial, para Bloch, en la predicación de los herejes en las religiones porque ellos descubren que la buena nueva anunciada es para el ahora, ven la realidad con ojos frescos y expresan aristas reveladoras que enriquecen la percepción de puntos de vista y orientan a la utopía. Descubre en ellos dos características importantes: por un lado son capaces de ver más allá de las apariencias y detectan el sentido utópico de la realidad, y por otro lado trabajan activamente en la construcción de una nueva sociedad. Se interesa de modo especial por Joaquín de Fiore en cuanto a su predicación que busca concretizar el contenido del Tercer Evangelio, el del Espíritu, a través de la instauración de una iluminación, sin señores ni Iglesia. Pero su héroe máximo es Tomás Müntzer y

la rebelión de campesinos alemanes que levantó desde el púlpito en 1525. Ellos manifestaron la posibilidad real de la utopía concreta contenida en la religión y trabajaron decididamente por lograrla. Los mataron. Murieron como muere el héroe rojo sabiendo que no hay más allá, sino en una trascendencia intramundana, con la vista puesta en el futuro, que aunque se cierra para ellos, queda abierta para el contenido de su lucha utópica de un mundo mejor. En esta visión de un futuro mesiánico al final de los tiempos se proyecta mucho de la tradición judía que Bloch también recibió en herencia.

Pero también evidencia que la religión tiene sus caras alienantes y de opresión, que se ha institucionalizado y ha sido utilizada como instrumento de dominación. De aquí recupera esta crítica a la realidad histórica referida en la Biblia y denuncia por ejemplo que el Libro de los Reyes está tan lleno de miseria como de esplendor. Afirma que el cristianismo, desde Constantino, ha ayudado al Estado a tener a raya a los pobres y humildes. También se opone al silencio que manda la Iglesia Católica a sus fieles, a través de la Carta Pastoral Alemana de 1936, solamente porque firmó un Concordato con Hitler y de ese modo se apagó una voz que muy bien hubiera podido denunciar al nazismo.

Por otro lado, la utopía es esencialmente histórica y política porque se ubica en un aquí y un ahora, en un espacio con preminencia del tiempo futuro, y además implica la creación de otro nuevo orden de cosas distinto al actual. Conlleva la crítica al sistema dominante y la propuesta de una nueva sociedad, que para Bloch quedaba muy claro era la sociedad socialista. En su primera obra saluda con gusto la revolución soviética y en las siguientes guardará silencio sobre su desarrollo. Se opuso fervientemente a las dos guerras mundiales y al nazismo, prefirió el exilio que la sumisión, por ver en ellos todo lo opuesto a una sociedad mejor, pero aceptó gustoso la invitación a colaborar en la Universidad de Leipzig. A pesar de los descalabros sufridos con este nuevo régimen, siempre mantuvo su fe en que la mejor opción para el mundo era el socialismo como fase anterior al comunismo que constituiría en sí la utopía total, acrisolada en la frase de Müntzer "*Omnia sint communia*", que "Todo sea común".

Después de las experiencias concretas del socialismo realmente existente del siglo XX, que a Bloch mismo le tocó vivir, en este momento ya no podemos sostener tan fácilmente esta propuesta. Valoramos como avances importantes la preocupación por la pobreza, el deseo de justicia, la crítica al capitalismo en sus diferentes

modalidades, la apertura a la construcción una mejor sociedad para todos los pueblos del mundo. Las utopías han generado espacios concretos, ciudades, formas de administración, guerras, dividieron al orbe en dos bloques en competencia, han alentado teorías y visiones del mundo, se manifiestan en todos los tipos de arte. Han dividido y unido pueblos, han subido y bajado regímenes políticos, han modificado nuestra historia. ¿Son solamente un relato, una fábula, como pretende la postmodernidad? ¿Ya murieron las utopías? Hay utopías y las seguirá habiendo porque la imaginación, la creatividad, el arte, son una manifestación humana por excelencia.

Pero no por eso se agota la utopía, sino que la función utópica nos hace ver que si la utopía sigue vigente, es necesario buscar otras mediaciones más adecuadas a las nuevas condiciones de nuestro mundo globalizado y neoliberal del siglo XXI.

El objetivo no es la utopía por ella misma, sino, en palabras de Marx, la “humanización de la naturaleza y naturalización del hombre”. Se trata de lograr mejores condiciones de vida de manera personal, comunitaria y social, en una convivencia entre el hombre y el mundo, donde se vaya manifestando el hombre pleno, con toda su potencialidad desarrollada. Esto lo concentra Bloch en los valores fundamentales de justicia y dignidad.

Lo importante no es el logro o fracaso de las utopías, sino la función que tienen al manifestar su inconformidad con el status quo, sobre todo cuando éste es agresivo y deshumanizante, y en los casos en que hay avances hacia una vida mejor, convocan a no quedarse a mitad del camino sino a buscar la realidad plena. La función utópica señala hacia el futuro porque es el ámbito de posibilidades a nuestro alcance, el pasado se ha cerrado y es inmodificable, el presente es efímero, sólo el provenir está en nuestras manos. Es ahí donde se puede proyectar este mejor futuro. Por tratarse de una utopía posible, concreta, genera la esperanza y por eso mueve a los individuos a luchar por conseguirla en un optimismo militante.

Aunque el Bloch joven saluda el advenimiento del socialismo en la URSS, en la madurez ve al socialismo como la utopía concreta ya cercana y de algún modo presente en Alemania Oriental, al final de sus días envía esta utopía a la escatología, al apocalipsis, al final de los tiempos, cuando se llegue al hombre pleno. La utopía de Bloch termina desvaneciéndose en un futuro apocalíptico. Bloch se convierte en el profeta apocalíptico de la nueva religión de la utopía.

Más allá de las utopías lo que permanece es la función utópica.